

¿GESTIONAR O CAMBIAR EL SISTEMA?

ESTA ES LA CUESTIÓN (II)

Contribución al debate sobre la izquierda latinoamericana

Como decía en la primera “entrega” de este comentario al artículo de Boron *La izquierda latinoamericana a comienzos del siglo XXI: nuevas realidades y urgentes desafíos* las conclusiones prácticas que se infieren del mismo son contradictorias; a saber: a) *hay que ser revolucionario dentro de un orden* o b) *hay que ser reformista radical*, lo que nos pone en la tesitura de no poder ser ni lo uno ni lo otro, porque ni se puede nadar y guardar la ropa ni un cordero puede ser un lobo.

Después de — como vimos en la parte I — pasar revista al neoliberalismo, Boron se plantea “si hay espacio para *ensayar* políticas *postneoliberales*” (sic) [cursivas mías]. En primer lugar, el neologismo “postneoliberal” — término, por cierto, sin definir — no sólo no explica nada, sino que empobrece la información del contexto donde se aplica. El prefijo “post” únicamente significa “después de”, y, a pesar de lo que parece creer Boron, no significa *mejor* (tampoco *peor*); lo que parece indicar el uso de ese concepto es una visión lineal de la historia. Pues bien: ¿En qué consistirían dichos “ensayos”? Paradójicamente, en “ensayar lo que está fuera del horizonte de lo posible y abandonar el consenso económico dominante”.

En la vida real no hay lugar para ensayos; los ensayos se hacen en el mundo del teatro, de la música y de la literatura. Los pasos que se dan en el mundo real, sean individuales o colectivos, son *reales* y tienen sus consecuencias; su entrelazamiento constituye eso que nosotros, vanidosos como somos, llamamos historia — y que Marx, con razón, llamaba *prehistoria* —. Bien; dejando a un lado el carácter más o menos afortunado de los térmi-

nos *ensayados* por Boron, éste lanza —entre bastidores— una consigna presuntamente revolucionaria, a saber, *transformar el sistema* trascendiendo el posibilismo y superando los corsés ideológicos; pero, como no apunta en ninguna dirección, la consigna igualmente podría ser contrarrevolucionaria: tanto lo que está fuera del “horizonte de lo posible” como lo que está fuera del “consenso económico dominante” es un conjunto muy heterogéneo de cosas, dentro del cual, además de los bienes, caben todos los males imaginables. Además, plantea la factibilidad de tamaña empresa, poniendo como ejemplo de país capacitado para ello a Brasil. No obstante (y sin embargo), a renglón seguido, sentencia que no existen las condiciones “objetivas ni subjetivas” para la revolución, pero —impropiamente— no explica en qué basa una afirmación tan grave y comprometida. Veamos: ¿acaso la mayoría de los que han apoyado a Lula en Brasil y, *a fortiori*, a Chávez en Venezuela no aspiran a que se realicen cambios revolucionarios, sabiendo, además, que eso acarrea sus consecuencias? ¿Es que las condiciones revolucionarias, como las rebajas, son cosa de temporada y hay que sentarse a esperar a la próxima? ¿Es que tenemos algo que perder?

Boron nos motiva una vez, a continuación nos desmotiva y ahora, con una cita de Weber —por no citar a Marx— nos vuelve a motivar “...en este mundo no se consigue nunca lo posible si no se intenta lo imposible una y otra vez”. ¿En qué quedamos?

El reformismo es, al mismo tiempo, objeto de críticas y de alabanzas por parte de Boron: le cuelga la medalla de haber provocado cambios importantes en el sistema; pero esos cambios, como lamentablemente podemos comprobar, son coyunturales y reversibles: no son radicales y, por tanto, no son cambios en la estructura del sistema. A pesar de todo, nos dice Boron que “En la actual coyuntura nacional e internacional, el reformismo aparece como la única oportunidad de avanzar mientras las fuerzas populares trabajan para modificar las condiciones objetivas y subjetivas necesarias para ensayar alternativas más prometedoras.” Vamos a ver: ¿no se suponía que el neoliberalismo estaba

en crisis y acorralado tanto por fuerzas internas como externas¹? ¿Qué mejores condiciones podemos esperar para lanzar la ofensiva? ¿Vamos a esperar tranquilamente sentados que “las masas se iluminen” mientras el capital va *ensayando* nuevos métodos de afianzamiento? El propio Boron, contradiciéndose una vez más a si mismo, declara que “no podemos permanecer de brazos cruzados hasta que llegue el ‘día decisivo’ de la revolución”. Pero es que, además —y él mismo lo reconoce— las reformas, si son serias, para el *sistema* son revolucionarias, y el *sistema* responde contra ellas con la máxima dureza; por lo tanto, puestos a embarcarse, mejor hacerlo en algo que pueda ser irreversible, por más dura que pueda ser la travesía —ya que, de todos modos, lo sería—. No hay nada más triste que un político reformista “de izquierdas” represaliado por sus actos intentando convencer a sus represores de que, en realidad, tales reformas no eran serias.

Seguidamente, Boron se pregunta por los obstáculos que enfrenta el tránsito al “postneoliberalismo”. Cita tres: el poder de los monopolios frente a la debilidad de los estados; la distancia entre los gobiernos centroizquierdistas y los movimientos contestatarios; y la prevalencia USA en las relaciones internacionales. Sobre el primer punto hay que remarcar que la debilidad de los estados frente a los monopolios y las multinacionales no es tal debilidad, sino más bien complicidad, y obedece a que la estructura del estado burgués sirve, básicamente, para gestionar y afianzar el sistema capitalista; la primera tarea, por lo tanto, que debe enfrentar un gobierno de izquierda es la transformación del estado del capital en el estado de la sociedad... y eso no es una simple reforma: debe elegir entre limitarse a *gestionar* el sistema o *cambiarlo*.

Por lo que hace al segundo punto, la socialdemocracia, a lo único que aspira, es a gestionar el sistema de modo que no chirría tanto; así que, lo único que hace es aplicar chapuzas acá y lubri-

¹ Ver ¿GESTIONAR O CAMBIAR EL SISTEMA? ESTA ES LA CUESTIÓN (I)

cantes acullá, dejando la máquina lista para la próxima victoria de la derecha *natural* (Marx —y no me cansaré de citarlo— decía que la socialdemocracia es el mejor invento de la burguesía). Pero el caso es que los movimientos sociales reivindican cosas concretas y tangibles. Los que piden tierras, por ejemplo, atentan contra el primer dogma sagrado del capital: la propiedad privada y, además, en este caso, de un medio de producción, atentando, además, contra el principio fundacional del capitalismo según el cual sólo los capitalistas pueden ser propietarios de esos medios.

En relación al punto tercero, es sabido que en todas las épocas —desde que existen los estados o análogos— ha predominado alguno sobre los demás y, en todos los casos, se ha aprovechado de la situación privilegiada; también es cierto que ningún imperio ha durado eternamente, y que los distintos tipos de formación social han tenido su nacimiento, desarrollo y desaparición. Si hay algo novedoso en el panorama actual es el papel que pueden desempeñar los medios de telecomunicación —sobre todo Internet— hábilmente manejados por los agentes del cambio.

El último tema del artículo hace referencia a “los desafíos de la hora actual”. ¿Cuáles son para Boron? Veámoslo: hay dos tipos de desafíos, según se presenten a la izquierda en la oposición política o a la izquierda en el gobierno. En el primer caso, hay que generar organizaciones democráticas al mismo tiempo que se hace llegar el “mensaje” al conjunto de la población, mensaje cuyo carácter socialista da Boron por supuesto al tiempo que también supone la naturaleza refractaria del pueblo a dicho mensaje. Sin embargo, lo que vemos normalmente no es eso, sino que la izquierda política, por más que esté en la oposición, no suele mandar mensajes demasiado radicales, ni mucho menos revolucionarios; y lo que también hemos podido comprobar recientemente —en Venezuela y Brasil— es que, cuando lo ha hecho, ha obtenido —contra la tesis de Boron— el apoyo de la mayoría de la población. Ambas constataciones contradicen,

pues, los supuestos de Boron quien, además, pretende asustarnos con el vaticinio de que “cualquier tentativa de superar el capitalismo...podría ser seguida por un baño de sangre”; pero ¿a estas alturas nos viene alguien a explicar los riesgos que conlleva todo proceso revolucionario?

Veamos ahora cuáles son, para Boron, los desafíos que se le presentan a la izquierda en el gobierno. A saber, “construir el poder político suficiente como para “gobernar bien”, entendiéndose por esto honrar el mandato popular que exigía poner fin a la pesadilla neoliberal y avanzar en la construcción de una sociedad diferente.” Bien, ¿en qué quedamos? Ahora resulta que el pueblo, que en el párrafo anterior no quería ni oír hablar de nada que sonara socialista, emite un mandato popular para que el gobierno transforme la sociedad. Como ya he dicho antes, lo que la izquierda –si es realmente *de izquierdas*– debe hacer cuando llega al gobierno es transformar la “máquina” del estado –no se pueden hacer panes con una máquina de fabricar lingotes–. Por si no hubiera ya bastantes contradicciones en el artículo, Boron hace, sin darse cuenta, una enmienda a la totalidad de sus tesis con el siguiente párrafo: “En todo caso, conviene recordar aquí, para concluir, el caso cubano. Si pese a los formidables obstáculos que se le han presentado durante casi medio siglo Cuba pudo avanzar significativamente en la construcción de una sociedad que garantiza un acceso universal a un amplio conjunto de bienes y servicios, ¿qué no podrían hacer países dotados de muchos más recursos de todo tipo (y alejados de la enfermiza obsesión norteamericana con la isla caribeña) como la Argentina, Brasil y Venezuela? Si pese a tan desfavorables condiciones –como el bloqueo de cuarenta y cinco años y la beligerancia permanente de Estados Unidos– ese país logró garantizar para su población estándares de salud, alimentación, educación y derechos generales (de la mujer, de los niños, de los discapacitados, etc.) que ni siquiera se obtienen en algunos países del capitalismo desarrollado, ¿cuáles serían los insalvables obstáculos que impiden, en países que disfrutaban

de circunstancias muchísimo más promisorias, acceder a logros semejantes?”

Finalmente, Boron nos da permiso para intentar cambiar el mundo, no sin antes advertirnos de algo que ¿no sabíamos? “Pero quien pretenda acometer esa tarea deberá saber dos cosas: primero, que al hacerlo se enfrentará con la tenaz y absoluta oposición de las clases y grupos sociales dominantes que no dejarán recurso por utilizar, desde la seducción y persuasión hasta la violencia más atroz, para frustrar cualquier tentativa transformadora. De ahí nuestra grave preocupación por ciertas formulaciones de los zapatistas, como “la democracia de todos”, que trasuntan un alarmante romanticismo en relación a la reacción de las clases y grupos desplazados del poder (Boron, 2001). Segundo, que no hay tregua posible en ese combate”.

Mi punto de vista es directamente opuesto al de Boron: pienso que hace decenios que no se dan tan buenas condiciones para emprender procesos revolucionarios, especialmente en Latinoamérica. Primero, por el auge movilizador junto a la basculación política y social hacia la izquierda que se está dando; también por el desencanto del modelo “democrático” tradicional *sui generis* que se ha impuesto a estos países además de las nefastas políticas económicas asociadas; y, además, porque existe un marco de “acogida” constituido por Cuba, Venezuela y — aunque tibiamente— Brasil. Ahora es, también, un buen momento para intentar la derrota del imperialismo, ya que cuantos más frentes tenga abiertos, más débil será y, por tanto, más fácil será derrotarlo —o, al menos, mantenerlo a raya—. Discrepo, también, de las tesis de Schafik Jorge Hándal referentes al obstáculo que representa la unipolaridad: ahora es el momento de hacer revoluciones libres de condicionamientos externos.

Jordi Soler Alomà

Barcelona, 21 de agosto de 2004